

EL PROBLEMA DE LA CONSECUENCIA POLITICA

El título que encabeza estas líneas es demasiado amplio. Podría ser la rúbrica de un extenso libro. Sin embargo, formulado así es un tema de actualidad, además de ser un tema eterno. En el ambiente de laboratorio —objetiva serenidad en el enfoque de las cuestiones— que caracteriza al Instituto de Estudios Políticos, el problema ha sido recogido en sus dos dimensiones: como un motivo permanente del arte político y como irrisación momentánea (exigencias de consecuencia o acusaciones de inconsecuencia), que, a la manera del fulgor especial de un hierro candente avivado por el fuelle, ilumina aspectos de la vida pública. El alcance de una nota no puede más que agotar el eco de algo que rueda por el mundo, la inconsecuencia, agigantada en estos momentos convulsivos por la rapidez de los cambios.

El “hombre medio” vive escandalizado por lo que ve y oye. Realmente en cuatro años de guerra en todos los países se han dado virajes que ponen a prueba la ingenuidad de las gentes. Urge, pues, salir al paso del desconcierto precisando el fondo del problema.

Cada nación tiene un índice muy sumario de fines esenciales hacia cuya realización tiende. El querer llegar a ellos en línea recta y con el menor esfuerzo puede considerarse como aspiración general de todos los pueblos y de los políticos que les sirven. Ahora bien, las circunstancias, siempre tornadizas, se interponen en el camino, creando mil complicaciones y dificultades. Por eso no son fáciles de hermanar los firmes propósitos de largo alcance y las circunstancias por naturaleza mudables e inconsecuentes.

A las naciones y a sus gobernantes hay que pedirles fidelidad a los objetivos finales. Las rutas y los procedimientos serán impuestos por la realidad. “Una necia constancia es el espantajo de los pobres de espíritu, adorado por los estadistas de menor cuantía, por los filósofos y por los adivinos... Di lo que piensas ahora con firmes palabras y di mañana lo que mañana pienses

con firme palabra también, aunque ello contradiga lo que dijiste hoy." En esta frase de Emerson escuda Churchill el interesantísimo capítulo que precisamente a la "consecuencia política" dedica en su libro *Pensamiento y aventuras*. No obstante, la abundancia de datos con que aclara su tesis las gentes no están muy dispuestas a aceptar la "inconsecuencia", como él mismo ha reconocido en un discurso consagrado a defender la organización material interna de los Comunes, al afirmar que el hecho de que en dicha Cámara la oposición se sienta frente por frente de la mayoría gubernamental, separados por un ancho pasillo, dificulta los cambios de postura de los políticos, pues el traslado es notorio y visible, en contraste con los semicírculos parlamentarios en donde los desplazamientos laterales son corrientes, y cuando dichos cambios, a pesar de todo, se producen en la Cámara de los Comunes el tópico de la inconsecuencia se esgrime contra el político variable con más inquina que en otros países. Esta inflexibilidad con el inconsecuente va avalada por la experiencia del propio Churchill, que recuerda sus amarguras al pasarse del partido conservador al liberal y de éste al conservador. Aunque el capítulo de Churchill es moderno en sus argumentos y sugeridor, no puede superar la profundidad y eficacia de algunos párrafos de Saavedra Fajardo, el gran maestro clásico español, que en pocas palabras dejó aclarado para siempre el problema de la "consecuencia política".

Por razones de pura actualidad, permítansenos una breve, apenas apuntada, glosa a las escasas sentencias de Fajardo sobre la materia, en la seguridad de que hallarán un calmante los que sufren ante las llamadas inconsecuencias cuando comprueben, una vez más, que aunque los siglos corren, las cuestiones se repiten. Analicemos, pues, las principales de sus instrucciones, tan añejas como insuperables:

1.^a "No hay Estado tan destituido de la fortuna que no le pueda conservar y aumentar el valor consultada la prudencia con los accidentes, sabiendo usar bien dellos y torcellos a su grandeza."

Los valores del ideal y las virtudes del político van resumidos en la palabra "prudencia", y el azar de los acontecimientos queda condensado en el término "accidentes". Establecidos los dos extremos del problema, deben reunirse en consulta, ponien-

do en parangón las exigencias de la prudencia con los imperativos de la realidad, pero partiendo del supuesto que la fuerza de los hechos, por desfavorable que parezca, puede enderezarse hacia el fin que perseguimos. De Wladivostok, con su molesta proximidad y con el misterioso ejército de Blucher, ha hecho el Japón un argumento provechoso para limitar sus frentes mediante un tratado de amistad con Rusia, porque, en definitiva, a los sucesos cabe "torcellos" de alguna manera a la mayor grandeza del Estado.

2.^a *"Alguna fuerza tienen los acasos, pero los hacemos mayores o menores según nos gobernamos en ellos."*

He aquí la suave insistencia de Saavedra Fajardo en afirmar la posibilidad de maniobrar aun en el seno mismo de las más graves e imprevistas novedades. El político debe adelantarse a los eventos vislumbrando el mañana en función de los hechos sintomáticos de hoy; no obstante, prisionero incluso de la sorpresa, puede sacar partido de todas las circunstancias. Bulgaria, aliada de Alemania, no rompe las relaciones diplomáticas con Moscú, y la Legación soviética continúa abierta en Sofía, mas el Reich envía como representante a Sofía al conde de Schulenburg, que como especialista en cuestiones rusas (no se olvide que fué el diplomático que preparó el pacto germano-soviético de 1940) se aprovecha de este "acaso" impensado como de un puesto de observación.

3.^a *"Nuestra ignorancia da deidad y poder a la fortuna porque nos dejamos llevar de sus mudanzas. Si cuando ella varía los tiempos, variásemos las costumbres y los medios, no sería tan poderosa, ni nosotros tan sujetos a sus disposiciones."*

Resulta curioso que nuestro clásico ni una sola vez se pone del lado de los que condenan un excesivo realismo, tachándolo de oportunismo. No condena a los políticos pragmáticos. Por el contrario, emplea su dialéctica en convencer a los idealistas, mantenedores de los principios y resignados ante los acontecimientos, que la suerte no puede convertirse en pagana diosa de la vida pública sino en la medida en que nosotros no la contrariemos jugando con sus propias veleidades. La más pulcra de las democracias, Finlandia, defiende sus fronteras de Rusia, la amiga de las grandes democracias, pero mantiene sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos a fuer de democrática.

Fineses y alemanes luchan codo con codo frente al enemigo común y en Helsinski —*mutatis mutandis*— se puntualiza que no existe alianza político-militar con Alemania, sino guerras coincidentes.

4.^a “*Mudamos con el tiempo los trajes y no mudamos los éñimos ni las costumbres.*”

No puede hallarse expresión más gráfica ni encerrar la enseñanza en marco más accesible, pues la experiencia de la rotación de las estaciones y de nuestras adaptaciones a las mismas es moneda universal. Nadie afronta los rigores de la canícula con el mismo vestuario de los fríos días de invierno. “Si cambio de color —decía Lord Halifax— o nado entre dos aguas, lo hago obedeciendo a la misma razón que tiene la zona templada para acomodarse entre el clima en que los hombres se tuestan y aquel en que se hielan.” De cara al sol del Poder, días antes de la marcha sobre Roma, el gran partido que la hizò pasó de republicano a monárquico, y con el frío del ocaso ha vuelto de monárquico a republicano.

5.^a “*¿De qué viento no se vale el piloto para su navegación? Según se va mudando, muda las velas y así todos le sirven y conducen a sus fines. No nos queremos despojar de los hábitos de nuestra naturaleza, o ya por amor propio o ya por imprudencia, y después culpamos a los accidentes.*”

Toma de la náutica Saavedra Fajardo la lección final: la maniobra marinera se aplica a la nave para conducirla a través del mar mediante la fuerza de los vientos *favorables* o *adversos*. Al viento contrario, las velas inclinadas le ofrecen una resistencia maliciosa, produciendo una resultante que impulsa y desplaza al navío en sentido diagonal. Lo que importa es saber bien a qué puerto queremos arribar; una vez sabido, siempre se puede llegar, a condición de cambiar los procedimientos a medida que las circunstancias así lo exijan. En caso contrario, esto es, si nos mostramos inflexibles, el retroceder no será culpa de los acontecimientos, sino de nosotros mismos. Fajardo señala a los llamados “consecuentes” dos orígenes: el orgullo del amor propio o la inconsecuencia del imprudente.

De todas maneras, reconozcamos que la lección sobre la consecuencia política es amarga. Llena está de sabiduría, pero su sabor resulta áspero y fuerte como fruto purísimo del alambique

NOTAS

de la experiencia. Ahora bien, la política posee sus fueros y a ellos debemos acomodarnos. Debemos, sí, agradecer a los maestros clásicos españoles la entereza y realismo de sus enseñanzas. Cualquier problema objetivo de la política encuéntrase estudiado y resuelto en algunos de los muchos tratadistas de la brillante escuela española de los siglos XVII y XVIII y a ellos conviene acudir con más frecuencia en estos momentos intensísimos del mundo, porque quien opera con arreglo a métodos conocidos, avalados por una tradición gloriosa, lo hace con más desenvoltura y serenidad que aquellos otros que improvisan o ensayan.

JAVIER M. DE BEDOYA.